

cepcion, calle de las Hermanas de la Caridad, Puente del Zacate, Calzada de Santa María y Panteon del Santuario de los Angeles.

8º Cuando el cortejo fúnebre llegó al Panteon, ocuparon la tribuna sucesivamente, y en el orden en que los coloco, los oradores que siguen:

Sr. D. Miguel F. Jimenez, profesor de Clínica interna, por la Escuela de Medicina.

Sr. Profesor D. Manuel Peredo, por los Profesores discípulos del Sr. Erazo.

Sr. Profesor D. José Olvera, por la Asociacion Médica "Pedro Escobedo."

Sr. Profesor Schulze, por el cuerpo médico extranjero.

Alumno D. Ricardo Vértiz, por la Sociedad Filoiátrica y de beneficencia de los alumnos de la Escuela de Medicina.

Alumno D. Antonio Dominguez, por los alumnos de 4º año de Medicina.

Alumno D. Joaquin Vértiz—Poesia—por los demas alumnos de la Escuela.

9º Concluidos los discursos y terminada la inhumacion, el duelo se disolvió en el panteon.

El cadáver del Sr. D. Ignacio Erazo espera la resurreccion de la carne en el nicho núm. 371. En paz descanse.

Agosto 15 de 1870.

JUAN MARÍA RODRIGUEZ.

Discurso pronunciado por el Sr. Dr. D. Miguel F. Jimenez, profesor de clinica interna, á nombre de la Escuela de Medicina.

SEÑORES.

La posteridad prepara una doble corona de gloria á esos varones esforzados y generosos que luchando desde niños con las penalidades y sinsabores de una suerte enemiga, han sabido, con solo sus esfuerzos, sin mas fé que en Dios, ni otra esperanza que la Providencia, levantarse á la altura de los hombres mas eminentes, y consagrarse allí, sin descanso, á sembrar á manos llenas en las generaciones que les siguen, la rica semilla de su ciencia, á guiarlas por el sendero del legítimo progreso, y á enseñarlas con su ejemplo á ser el consuelo y el refugio de la humanidad en las horas terribles del quebranto.

Aquella doble aureola circunda con sus rayos ese féretro que encierra las cenizas del maestro y del amigo, á quien, lleno el corazon de justo duelo, venimos á decir "Adios" en su última morada.

Envidiable es la muerte de esos hombres que como el Sr. Dr. D. Ignacio Erazo, y como tantos otros que ha habido en nuestro suelo, acrisolados en el infortunio de sus primeros años, cuando han llegado, despues de una lucha sobrehumana de dolores y decepciones indecibles, á la region de los honores, del res-

peto y del aplauso lisonjeros, solo viven para el bien y para endulzar tormentos que no ignoran: ni dejan tras de sí, el rastro aterrador de sangre que marca las huellas del guerrero que el vulgo diviniza, ni el mar de lágrimas y de miserias que azota el pedestal del político egoísta é inhumano; sino el concierto armonioso de bendiciones y el llanto de reconocimiento con que la gratitud pública les sigue hasta el sepulcro.

Muy jóven saboreó el Sr. Erazo las distinciones, el aprecio y homenajes de una sociedad que sabe estimar y reconoce con instinto admirable á sus hombres superiores; muy jóven alcanzó el honor mas envidiable de cooperar á la fundacion de nuestra Escuela, de ese plantel magnífico que se ostenta como el florón de mas precio en la corona científica de nuestra patria; y desde entonces..... díganlo si nó cuantos me escuchan..... desde entonces, en medio de esa pléyade gloriosa á quien todo lo debemos, prodigando en favor nuestro los tesoros de su clara inteligencia á tanta costa acaudalados, jamás le vimos desmayar en la árdua y combatida empresa de levantar la Medicina en México al alto rango y esplendor en que hoy la victoreamos; y fué precisa una enfermedad horrible, aborto tal vez de nuestro siglo, para sellar los lábios que enseñaban la sabiduría y la prudencia, para derribar á ese atleta de la ciencia, para echar por tierra para siempre su carácter altivo y elevado.

Felices aquellos que siguiendo el mismo camino que el Sr. Erazo no olvidan en la prosperidad las horas primitivas de la tribulacion y desaliento, del abandono y amargo desengaño, ni se engrien con facultades que solo son prestadas desde lo alto; sino que al venir aquí, á rendir la jornada de la vida, únicamente cargados con la memoria de sus propios beneficios, pasan esos umbrales revestidos con la túnica blanca y sin mancha de los justos, ceñidos con la doble aureola del héroe en la adversidad y del benefactor sincero de sus semejantes, que hoy deposito en la tumba del Sr. Erazo.

MIGUEL F. JIMENEZ.

**Discurso pronunciado por el profesor D. Manuel Peredo, á nombre de los Médicos,
discípulos del Sr. Dr. D. Ignacio Erazo.**

SEÑORES:

En esta mansion verdaderamente sagrada, al dintel de un abierto sepulcro, ante los despojos mortales de un hombre ilustre, apágase la voz humana, sofocada por otro acento mas poderoso y terrible, por la voz de la eternidad. La palabra de los vivos se difunde y se pierde en el espacio; concéntrase en el fondo de la conciencia, retumbando pavorosa y solemne, la palabra sin voz de los muertos. Breves instantes, pues, resonará la palabra mia.